

OBERSTEIN.--DUCADO DE OLDENBURGO.



Vista de Oberstein.

SEGUNDA SERIE.—1859.

AÑO XVII. 13.

El ducado de Oldenburgo es un pequeño estado que se encuentra entre la Prusia y Baviera, atravesado por el curso del río Nahe, que desagua en el Rhin. Las escarpadas rocas por medio de las cuales el Nahe se abre un camino difícil formando murmurantes cascadas, parece que se ven obligadas á chocarse alrededor de Oberstein, ciudad construida en un alto que no tiene mas que una sola calle, sobre el río; sus viejas casas edificadas contra la roca bañan los pies en el Nahe, que mas tranquilo en este sitio, refleja sus contornos como un espejo. Dos montañas coronadas de castillos dominan estas antiguas viviendas alemanas que tienen los balcones cubiertos de madera. Uno de estos castillos se conserva casi por completo; el otro está abandonado y no se vé mas que una torre ruinosa tapizada de musgo.

Debajo de estas ruinas, en una caverna que forma la montaña, hay oculta como un nido de golondrinas, una pequeña iglesia gótica de la cual solo la torre se eleva por encima de la roca; para llegar á este santuario es preciso subir escaleras cuyos numerosos peldaños terminan en un pórtico abierto á todos los vientos. Una puerta ogival da entrada al templo, al que sirven de pared por uno de los costados las mismas cortaduras de la caverna; en los huecos de las ventanas se conservan todavía restos de curiosas vidrieras que recuerdan los dibujos de Alberto Durer; algunas pinturas adornan los muros, y sobre las losas de los sepulcros señoriales se distinguen esculturas de regular mérito vaciadas en relieve.

La vista que se presenta al viajero desde el pórtico de la iglesia, siguiendo el curso del río, es de lo mas agradable y variado que puede imaginarse á causa de la diversidad de perspectivas que á cada paso presenta el poético ducado de Oldenburgo, de las cuales se goza á un tiempo contemplándolo desde el punto indicado, y como complemento se ve elevarse á los pies el azulado humo que arrojan las chimeneas de los establecimientos de industria poblados de hábiles obreros, donde se pulimentan de mil modos las célebres ágatas que el país produce con extraordinaria abundancia y que trabajadas se estienden por toda Europa y constituyen la principal riqueza como la ocupacion casi exclusiva de los habitantes de Oberstein.

La historia hace al hombre mas prudente: la poesía, mas espiritual; las matemáticas, mas penetrante; la filosofía natural, mas profundo: la moral, mas grave y arreglado; la retórica y la dialéctica, mas contencioso y fuerte en la discusion; en una palabra, la lectura se trasforma en costumbres.

BACON.

EL CASTILLO DE ATIENZA Y DE PALAZUELOS.

(Continuacion).

XI.

Vamos á trasladar á nuestros lectores al monasterio de la Santa Espina, donde se hallaba situado el cuartel real durante el sitio de Atienza. Este monasterio se halla edifi-

cado al pie casi del castillo, y su bella arquitectura gótica y edificios que sucesivamente se le fueron agregando, demostraban la opulencia siempre creciente de los señores de Atienza y de Palazuelos. Bastante fuerte aquella casa religiosa, se hallaba al abrigo de los merodeadores que en aquella época de perturbaciones civiles agitaban á Castilla, y además se hallaba protegida por la inmediacion de una poderosa fortaleza como el castillo de Atienza. El monasterio de la Santa Espina nada habia padecido en ese sangriento período, antes al contrario, todo respiraba en él la paz y la abundancia.

Durante los sucesos que hemos visto pasar en el castillo sitiado, el rey de Castilla terminaba su almuerzo en uno de los aposentos del monasterio de la Santa Espina. Aquella estancia cuyo rico artesonado era de esculturas de encina, era la antigua sala del Capítulo; bien porque el prior hubiese encontrado indigna de ser ofrecida al rey de Castilla su celda, ó bien porque no hubiese juzgado á propósito el incomodarse y alterar sus hábitos ordinarios, habia hecho trasportar á aquel salon un lecho y algunos muebles para el real viajero. Los muebles no parecian suntuosos y el lecho, aunque lecho monacal, es decir, cómodo, no tenia grande apariencia; empero en este punto no era muy delicado don Juan II, acostumbrado desde muy niño á una vida casi errante y á vivir en los campamentos, porqué en mas de treinta y dos años que llevaba de reinado, tal vez no habia vivido jamás un año en un mismo punto. Su corte era una corte ambulante. Habitado á continuas expediciones militares, á albergarse en los sitios que podía, su vida habia sido una vida de contrariedad y de obstáculos.

Habia nacido en Toro en el año de 1404, y proclamado rey cuando aun se hallaba en la cuna y en la tierna edad de veinte y dos meses y bajo la regencia del infante don Fernando su tío.

A la muerte en 1409, de don Martin, rey de Aragon, el regente don Fernando es elevado á aquel trono, y una serie de ambiciosos y turbulentos regentes gobiernan á Castilla, hasta que á la edad de trece años, apoyado en una fuerte parcialidad que queria poner término á los desórdenes de la regencia, toma por sí solo don Juan II las riendas del gobierno. Entonces con un rey joven y sin esperiencia, comienza una série de envidias y rivalidades, disputándose los grandes la privanza del monarca, mostrándose mas que nadie resentidos los infantes de Aragon, que tenian grandes posesiones en Castilla, que no podian mirar con indiferencia el favor é intimidad que dispensaba á personas extrañas, y especialmente á don Alvaro de Luna, que habiendo sido su page cuando era niño, fué despues su ministro y privado cuando comenzó á gobernar. El infante don Enrique de Aragon, que habia pedido al rey para esposa á su hermana la infanta doña Catalina, viendo negada su pretension recurrió á la astucia; juntó fuerza armada, sorprendió una noche al monarca de Castilla, y apoderándose de su persona se lo llevó cautivo á la ciudad de Avila, donde mas adelante contrajo don Juan II matrimonio con su prima la infanta de Aragon, hermana de don Enrique, el cual, unido con los grandes, promovia continuos disturbios en Castilla.

El largo reinado de don Juan II no fué mas que una continuada guerra intestina con los reyes de Aragon y de Navarra, y la faccion de los grandes y principales ricos-

hombres, coaligados contra don Alvaro de Luna, que había á los facciosos y á los reyes extranjeros que los sostenían, apoderándose uno á uno de sus castillos y fortalezas como intentaba hacerlo ahora con el de Atienza. Sin embargo, Juan II, dos veces cediendo á las intrigas de los infantes de Aragon y de los grandes, había firmado el destierro de don Alvaro de Luna; pero en los momentos de peligro, y cuando había conjurado las sediciones volvía á llamarlo. El mismo príncipe de Asturias don Enrique, á quien la historia guardaba para cuando subiese al trono de Castilla el dictado de Enrique IV *el Impotente*, conociendo la debilidad de su padre, y cansado de aguardar la sucesión del reino, se sublevó contra él y se apoderó de la ciudad de Toledo y otras villas y lugares, tomando por pretexto el favor que su débil padre concedía al condestable de Castilla don Alvaro de Luna. Tan triste era el estado de Castilla en la época de que hablamos, que no es extraño que don Juan II se hallase triste, fastidiado y abatido cuando estaba tomando su desayuno en el monasterio de la Espina, rodeado de sus grandes, y sin hacer caso de las reiteradas invitaciones del prior, que de pie detrás de su sillón creía hacerle los honores de la mesa. Hallábase don Juan II en uno de aquellos momentos de malestar, de contrariedad moral en que no están los príncipes en disposición de que nadie se les acerque.

Tenia entonces don Juan II sobre unos cuarenta y cuatro años, y aunque esta era una edad poco avanzada, presentaba el aspecto de un anciano. Revelaba su cara el abuso de los placeres y de los padecimientos interiores en las precoces arrugas que surcaban su frente desguarnecida de cabellos.

Además de las fatigas y peligros que tenía que desafiar todos los días para espulsar los aragoneses del reino, para domar la rebelión de los ricos hombres y someter sus castillos, no le faltaban pesares. Las intrigas y las exigencias de sus favoritos, y la oposición que á estos se les hacía, le afligían sin cesar. Los fáciles amores á que se entregaba no bastaban á borrar un punzante dolor que le atravesaba el alma. La rebelión de su hijo Enrique que se había retirado á Toledo, las asechanzas que en su impaciencia por reinar sabía que le armaba de continuo, le afligían mortalmente, aunque rara vez hablase de aquel hijo rebelde. Todas estas causas habían contribuido á darle una vejez precoz, y el suceso constante de sus armas hacia algunos años, ora contra los moros de Andalucía, ora contra sus grandes vasallos rebeldes, debido á la valiente espada de don Alvaro de Luna, no era compensación bastante á sus secretos pesares.

Los señores y caballeros que asistían aquel día al regio desayuno, no podían explicarse su humor sombrío y cuchicheaban en voz baja sobre las causas á que podían atribuirlo.

—¿Habrá venido alguna noticia de Toledo? preguntaba un viejo cortesano á uno de los capitanes.

—No, que yo sepa, señor mío. Lo único que ha llegado es un recadero de Cuenca de la orden de Santiago para el maestre don Alvaro, en que participan la fuga de los aragoneses que caían sobre aquella ciudad: fuga prodigiosa, porque han huido espantados solo al ver el polvo de nuestros caballos.

—Entonces alguna dama rebelde...

El capitán puso un dedo en la boca como para recordar

el peligro de semejante conversacion. Callaron, pero las miradas y sonrisas dieron á entender que se habían comprendido.

Terminado el almuerzo, según el uso de la época, se presentaron dos pages con una jofaina de oro y una tohalla para que el rey pudiese lavarse las manos. Terminada esta ceremonia se levantó don Juan II y despidió á todos los asistentes. Detuvo solo á un señor de altivo porte cubierto de una armadura completa con el que había estado hablando mas particularmente que con los demás durante el almuerzo. Aquel señor era el condestable de Castilla, el gran maestre de la orden de Santiago don Alvaro de Luna, el gran favorito del rey. Llevado á la corte desde muy niño había entrado de page del rey, que desde un principio se había prendado de su gentil figura, de su gracia en el decir y de su penetrante talento. Su favor excitó desde un principio la envidia de la corte, y para apartarlo del rey niño persuadieron sus enemigos á la reina madre lo enviase á Aragon acompañando á la infanta doña María que iba á casarse con el hijo primogénito de aquel rey.

Marchó don Alvaro y sus enemigos no lograron su objeto con la ausencia. Fué tal el pesar y la melancolía de don Juan II, que fué menester hacer volver apresuradamente al page en quien todos veían ya el futuro favorito del monarca castellano. No se equivocaron. Apenas el rey para poner término á las intrigas y turbulencias de una larga regencia tomó á los trece años de edad el gobierno de sus reinos, dió muestras del gran cariño que profesaba á su page. En las justas que celebró Madrid por tan fausto acontecimiento, don Gonzalo de Cuadros hirió á don Alvaro en la cabeza con tan fuerte golpe, que estuvo á punto de morir. El rey no se separó del lecho de su amigo durante su penosa enfermedad; hizo cesar los festejos reales. La corte tomó un aspecto de luto hasta su restablecimiento. Entonces lo elevó á ser su ministro, y don Alvaro justificó lo acertado de la elección trabajando no poco en una época en que era muy débil el trono y grande el poder de los nobles que traían continuamente perturbado y en discordias el reino.

El infante de Aragon don Enrique llevó la audacia como hemos dicho hasta el extremo de prender al rey en Tordesillas; empero don Alvaro, con valor, supo libertarlo, recibiendo en recompensa las villas de San Esteban de Gormaz y la de Ayllon. Dos años despues, en 1422, recibió la espada y el título de condestable de Castilla y de Leon, y parte de los bienes de Ruiz Lopez Dávalos que se había sublevado como partidario del infante don Enrique, y á quien el había sabido sujetar. Don Alvaro en su triunfo, compadecido de la suerte de aquel infante rebelde, aconsejó al rey que le pusiese á poco tiempo en libertad. Don Enrique era incorregible: volvió á sus intrigas, se ligó con los enemigos de don Alvaro y obligó al rey á que desterrase de la corte al condestable.

Un año escaso estuvo don Alvaro retirado en su villa de Ayllon. Las cosas del reino se pusieron en tal estado que clamaron sus mismos enemigos por su vuelta, y en Valladolid fué recibido en triunfo y entre las aclamaciones de todos. Las guerras civiles que continuamente se suscitaban no le permitían descanso alguno. Muchas veces tuvo que pelear contra varios grandes que se habían sublevado, y también contra los reyes coaligados de Navarra y de Ara-

gon y contra los moros de Granada, de quienes obtuvo el 1431 una señalada victoria.

Enlazado con una hija del conde de Benavente, la casa y estado de don Alvaro de Luna creció de tal modo, que no había ninguna que pudiese oponérsele, y cada día acumulaba el rey nuevas riquezas, nuevos honores sobre la cabeza de su favorito. A él dió el cargo de ayo del príncipe de Asturias don Enrique. No se mostraba menos agradecido don Alvaro con su bienhechor, y así en todos los peligros continuos en que se hallaba este rey, su valiente espada se hallaba á su lado: así en 1441, cuando el príncipe de Asturias don Enrique unido con los descontentos, cercó al rey en Medina del Campo, voló en su socorro, y pasando por medio de sus enemigos, logró ponerse á su lado peleando valerosamente en las calles hasta que el mismo rey le mandó cesar. El rey tuvo que suscribir á un humillante tratado, y se hizo salir desterrado á don Alvaro de Luna sin poder escribir en este tiempo al rey que quedó como preso en Madrigal por los confederados, á cuya cabeza se hallaba el mismo príncipe de Asturias. Desde su destierro halló medios; tuvo la sagacidad suficiente para hacer que varios señores le siguiesen, y que reconciliándose el príncipe de Asturias con su padre el rey recobrase su libertad, y él su poder con mas autoridad que nunca.

Aterrados los descontentos y apoyados por el rey de Navarra y el infante don Enrique, reunieron sus esfuerzos y vinieron con un poderoso ejército á combatir con el rey y el príncipe de Asturias reunidos en los campos de Olmedo. Allí don Alvaro desafió á don Enrique personalmente; pero este rehusó el reto. Despues de algunos dias de escaramuzas trabóse en fin la batalla que debía de ser tan fecunda en resultados.

Muy cerca de Olmedo, y acompañados de unos pocos, don Alvaro y el príncipe encontraron una hueste imponente que les hizo retroceder con bastante apuro hasta su propio campo, donde fueron sostenidos, siendo aquella á su vez cargada por los soldados del rey hasta cerca de los muros. Retirábanse al campamento cuando se presentó el rey de Navarra. El de Castilla fué de opinion de que no se empeñase la lucha estando ya tan próxima la noche; empero don Alvaro se opone, arrastra á causa de su influencia el ánimo del débil monarca, y le proporciona con su consejo y con el esfuerzo de su brazo un completo triunfo. Dispone en orden de batalla sus tropas, les habla con enérgica elocuencia arremetiendo y renovando el arrojo que habia demostrado en otro tiempo en la vega de Granada contra los árabes: arrolla completamente á los enemigos y sostiene la lucha con ardor. Cae la bandera de don Alvaro de Luna, este es herido gravemente en un muslo; pero lejos de retirarse del campo de batalla, continua haciendo prodigios de valor; anonada al enemigo y le obliga á acogerse á Olmedo, haciéndole mas de trescientos prisioneros, quedando muchos de los señores en el campo de batalla habiendo peleado cuerpo á cuerpo.

Completo fué el triunfo de don Alvaro; cayeron en su poder los estandartes de don Enrique, del almirante de Castilla y otros. El revoltoso infante don Enrique salió herido de una mano, herida que muy en breve habia de ocasionarle la muerte. Terrible fué y sangrienta la batalla de Olmedo; y hubiera sido mas si la noche no hubiera tendido su nianto sobre tantos horrores. Tan completo fué e triun-

fo de don Alvaro, tanto el terror que infundió en el ánimo de los enemigos, que el rey de Navarra huyó aquella misma noche.

Despues que se hallaron enteramente solos el rey y el condestable don Alvaro de Luna, el rey con voz lánguida le dijo:

—¿A cuántas estamos de este maldito sitio? Vuestro ataque de la noche última no ha logrado nada á lo que parece. ¿Cuánto tiempo tendremos que permanecer aun delante de este castillejo que Satanás confunda?

—Segun todas las apariencias tardará en abrirse la mina por lo duro de la roca para practicar una brecha conveniente, quince dias.

—¿Quince dias! dijo el rey con despecho, ¡por Santiago, que es cosa de perder la razon y la paciencia! No me gusta permanecer mucho tiempo en un mismo sitio, y menos en este convento donde los monges son tan rigoristas que no entra por su claustro ni una gentil dama ni un alegre trovador, sin que esta santa congregacion no lo tome á escándalo. Además mi presencia es necesaria en Madrid para contener la revuelta de Toledo, y hacer frente á las veleidades de mi señor hijo... ¡Quince dias!... me parece que no tendré ánimo para aguardar tanto.

—En ese caso podeis marchar, señor, adonde os llaman los intereses de vuestra corona, y dejarme aquí con mis trescientas lanzas, que yo daré buena cuenta de la fortaleza y de lo que haya dentro.

—Si, si, dijo el rey meneando la cabeza: sé, Alvaro, que aborreceis al conde, y que en buenas manos lo dejaba; pero yo tambien tengo interés en vengarme de estos traidores.

Acercóse don Alvaro casi al oido del rey, y en tono confidencial le dijo sonriendo:

—Yo creia, señor, que á despecho del rigorismo de estos buenos padres, V. A. ha encontrado algunas distracciones en este país... Tendréis mala opinion de mi vigilancia si creyéis que ignoro vuestras nocturnas visitas allá abajo á una casa del arrabal de Atienza. Me han hablado de una litera cerrada que ha llegado recientemente de Sigüenza escoltada por cuatro arqueros y que se habia detenido delante de esa casa. Desde ese tiempo se ha visto á V. A. dirigirse solo y sin comitiva hácia la casa cuya entrada permanece cerrada á todas las gentes del ejército, y aun la noche última...

Púsose don Juan II encarnado, y ora por debilidad, ora por precision, toleraba las familiaridades de sus favoritos; mas sin embargo, un rayo de indignacion brilló en sus ojos.

—Silencio, condestable, exclamó; á nadie le toca espiar nuestras acciones.

Púsose encarnado á su vez don Alvaro.

—Señor, le dijo con una humildad un poco altiva, V. A. no me ha comprendido sin duda... Lejos de mí la idea de intervenir villanamente en las palabras, pensamientos, ó actos de mi soberano. Si he sido bastante osado para notar esas secretas visitas á la casa del arrabal, es por mi viva solicitud por vuestra seguridad. Temería culpables empresas...

—¿Y qué podeis temer, condestable? No soy ninguna doncella que no pueda pasear solo por la noche en el campo, sin llevar en pos de sí arqueros y soldados...

—Señor, vuestra vida es muy preciosa para Castilla y para vuestros particulares servidores; y si vuestro valor y

gran ánimo os hace afrontar los peligros, deber nuestro es proteger á V. A. á despecho de vos mismo. Podráis encontrar gentes á quienes vuestra muerte conviniese, y que desearan sumir á Castilla y á Leon en luto.

El rey le miró fijamente.

—Hablad claro, condestable, dijo con firmeza, ¿qué teméis, y á quién teméis?

—A riesgo de disgustaros debo responder sin vacilar á semejantes preguntas... Y bien, señor, en nuestra hueste hay ciertos aventureros que creo capaces de todo. Ningun crimen los detendría si este crimen debiese serles provechoso, y V. A. sabe como yo, que puede fácilmente el dinero llegar desde Toledo hasta el sitio en que nos hallamos. Don Enrique vuestro hijo es impaciente...

—Callad, callad, exclamó el rey con energía... Y se puso á pasear con una indecible turbación.

Don Alvaro, al contrario, permaneció inmóvil con los brazos cruzados y con aire de obstinación.

Fácilmente comprenderán esta escena nuestros lectores si recuerdan lo que llevamos dicho de que en varias ocasiones el príncipe de Asturias había entrado en un complot contra su padre á pretexto de que separase de su lado á don Alvaro de Luna. También habrán observado el carácter veleidoso del príncipe de Asturias, que tan pronto pasaba al lado del rey y del valido, como al de los grandes señores descontentos, y que en este momento se hallaba retirado en la ciudad de Toledo amenazando á su padre y á don Alvaro con sus venganzas.

El rey, después de haber dado algunos paseos por la estancia, pareció dominar los tumultuosos sentimientos de su alma.

—Alvaro, dijo con tono triste, no tienes compasión de un desgraciado padre... Pero te perdono, porque tu afecto á mí, y tu mala opinión de otra persona á quien tienes motivo de conocer bien por haberla educado, te hacen creer cosas monstruosas é imposibles. Sin embargo, no hablemos mas de esto ó te juro...

—Señor...

—Calla... dejemos esto, lo mando; y sobre todo, trata de no espiar mis acciones en lo sucesivo.... En verdad, dijo el pobre rey con tono abatido, que casi voy creyendo lo que con gran clamor dice Castilla toda, de que quieres tenerme en tutela...

Hubo un momento de penoso silencio...

—Para distraerme, continuó irguiéndose bruscamente, me ocuparé en la única diversión que me dejan. Quiero ver si esas gentes del castillo de Atienza son tan valientes como decís, condestable. Vamos á pasar el tiempo haciendo algunas escaramuzas al pie de las murallas. Que se apresten todos al ataque.

Esta disposición era casi un acontecimiento para el ejército. Vinieron sus pages á traerle su armadura brillante, pero en el momento en que iban á revestírsela, entró un capitán manifestando que un enviado de las gentes del castillo de Atienza pedía presentarse ante el rey.

—¡Hola, hola! dijo Juan II con marcada satisfacción, ¿vendrán al fin á entregarse? y dejó el peto y el casco que iba ya á ponerse.

—Un enviado del conde de Palazuelos, exclamó pálido de rabia don Alvaro... ¿Quién le ha dejado pasar? yo sabré quien ha desobedecido mis órdenes.

—Condestable, dijo el rey vivamente; ¿olvidáis que estoy yo delante?

—¿No había anunciado V. A. que haría ahorcar á cualquier mensajero que viniese del castillo de Atienza? preguntó don Alvaro un poco confuso.

—Si, á menos que ese mensajero no trajese la completa sumisión del castillo rebelde, y tal vez esa sumisión es la que me traen: ¿quién sabe!...

El rey, volviéndose al capitán le dijo:

—Que entre.

El capitán obedeció. Don Alvaro, que conocía la debilidad de carácter del rey, se acercó á él y le dijo:

—Señor, acordaos que esos malditos Palazuelos os han ofendido cruelmente, que han estado en la batalla de Olmedo, y no os dejéis mover por sus súplicas. Todo acto de clemencia sería una falta, y las faltas en política siempre se pagan. Recordad que teneis que vengar vuestras injurias...

—Y las vuestras al mismo tiempo ¿no es verdad, condestable? dijo el rey un poco desdeñoso; pero quedaos á mi lado y vereis si me mantengo firme.

En aquel momento fué introducido por el capitán el halconero García. Su túnica negra de peregrino hacía resaltar la blancura de su barba y de sus cabellos: llevaba descubierta la cabeza, y sus venerables facciones mostraban una dulce serenidad. Dirigióse lentamente hacia el rey, y se arrodilló con los ojos bajos aguardando en silencio á que el rey le dirigiese la palabra.

El condestable de Castilla permanecía de pie detrás del rey, y á la vista del halconero pareció perder algo de su orgullosa altivez. El mismo rey, en lugar de recibir al mensajero del conde con palabras insultantes se puso á contemplarle con curiosidad.

—Vasallo, le dijo al fin sin hacerle levantar, ¿quién eres, y qué nos quieres?

—Mi rey y soberano, respondió García; vengo en nombre de los del castillo de Atienza á suplicar humildemente á V. A. nos reciba en su buena gracia.

—Muy bien; pero ¿cómo podremos saber si debemos dar crédito á lo que decís?

García sacó entonces de su seno el anillo que le había entregado doña Sol. Cogiólo don Alvaro de Luna para presentarlo al rey.

—No podemos conocer todas las armas de los ricos hombres de nuestro reino, dijo don Juan II con impaciencia. ¿Qué es esto? Llamad á un herald.

—Es inútil, dijo el condestable, que había rápidamente examinado el sello; reconozco las insignias del señor de Palazuelos.

—En ese caso, habla, vasallo, dijo el rey, ¿debo yo escuchar á tu amo después que aun habiendo resistido traidoramente á mis armas, se ha decidido á entregar el castillo para que obremos con el á discreción?

—Señor, hoy mismo á la hora de nona, (1) el castillo y cuanto encierra se rendirá á vuestra obediencia, si gustais.

—¡Vive Dios! vaya si lo quiero, exclamó don Juan II dejando entrever su alegría; pero veamos... parece que tienes que proponerme alguna condicion: espícate, pues que es preciso que cumplas tu misión.

(1) La hora del medio día.

—Señor, dijo García inclinándose todavía mas: no pertenece á los vasallos dictar condiciones á su soberano, ni á los culpables discutir con sus jueces. Estoy encargado de presentaros la sumision de todos los vasallos del señorío y de las gentes de armas aragonesas que defienden los muros de Atienza, que no pueden haberos ofendido, pues que no han hecho mas que obedecer á su señor. En consecuencia os suplican rendidamente les otorgueis la vida con sus armas así que el castillo se haya rendido.

—Creo que podemos conceder eso, respondió el rey volviéndose hácia don Alvaro de Luna. ¿Qué decís, condestable? La guarnicion no puede ser responsable de las faltas de su jefe, y les otorgamos gracia.

Don Alvaro se encogió de hombros con indiferencia.

—Es cosa convenida, dijo el rey: los vasallos del señorío podrán tranquilamente volver á sus hogares, y las gentes de armas de Aragon serán libres de volver á aquel reino... ¿No hay nada mas?

—No, señor; V. A. es clemente y magnánimo, así me atreveré á implorar ahora su compasion por los verdaderos culpables, quiero decir, por el conde de Palazuelos y su noble hijo.

—No me hables de esos traidores, dijo el rey con cólera: los señores de Palazuelos son felones, que despues de haberme jurado fé y prestado homenaje, se han tornado vergonzosamente aragoneses. Han manchado su blason y faltado á su honor... morirán de muerte infame.

—Muy bien, señor, murmuró don Alvaro de Luna, que habia temido que el rey se mostrase blando en el momento decisivo.

El mensajero no pareció desconcertado por aquel transporte de cólera real, antes bien levantó imperceptiblemente la cabeza.

—Señor, repuso con una gran modestia; os suplico me perdoneis si me atrevo á elevar quejas contra un rey tan poderoso como V. A.; sin embargo, debo á la verdad recordaros que vuestros servidores y consejeros, tal vez han cometido algunos desmanes y desafueros con mi señor el conde... ¿Mi amo y señor, no ha combatido cual bueno por mas de veinte y cuatro años por vuestra causa á riesgo de su vida y hacienda? ¿No ha recibido heridas en el servicio de V. A.? y cuando despues de haber encanecido en las batallas y haber empleado sus vasallos y gastado sus rentas en sostener las guerras contra los moros, los aragoneses y los navarros, ha venido á reclamar lo que legítimamente se le debía, no ha sido rechazado con palabras duras, con ultrajes que le han llenado de desesperacion el alma y le han arrojado á la rebelion?

El rey permaneció suspenso.

—¡Atrevido eres, vasallo! dijo con embarazo; bien pudiera que tuvieran algun fundamento tus audaces quejas. Recuerdo, en efecto, que algunos de mis servidores no han andado muy generosos con tu amo, y me han hecho desechar sus justas demandas.

Al mismo tiempo miró de reojo á don Alvaro de Luna.

—Señor, dijo impetuosamente el condestable, V. A. sabe mejor que nadie la penuria en que hace tiempo se ha encontrado y todavía se encuentra el tesoro real. Es preciso que los nobles y los caballeros sepan resignarse con las desgracias de los tiempos. ¡Buenos estaríamos si todas las gentes de armas á quienes se les debe su sueldo, todos los

señores que se han arruinado por defender la causa de su soberano se creyeran con derecho de pasarse al enemigo!

—Justo, replicó el débil don Juan II volviéndose hácia García: ¡por mi santo patron! no negamos nuestras deudas, y nos acordaremos de ellas en mejores tiempos.... pero basta, nada obtendrás para tus desleales señores... quien mal hizo que el mal pague.

—¡Y bien, señor! replicó García con un acento y un gesto cuyo irresistible poder no es fácil explicar, pues que están condenados, pues que vuestra inexorable justicia quiere que mueran, no los deshonreis al menos... Señor, los desafueros de vuestros consejeros no nos escusan, pero explican nuestra falta y la hacen mas digna de indulgencia. Además, el amor de una muger ha sido la causa de este funesto estravío, y V. A. sabe, mejor que nadie tal vez, que la muger es causa de todo lo bueno y de todo lo malo en el mundo! En fin, pensad que ese escudo que vais á hacer pedazos, que ese nombre que vais á manchar, son las armas y el nombre de valientes y leales caballeros que durante dos siglos han vertido su sangre por vuestros augustos antepasados, son las armas y el nombre de Alvaro de Palazuelos, el amigo de vuestro abuelo San Fernando. ¡Oh rey y señor mio!.... ¡sed misericordioso cual querréis que Dios lo sea con vos cuando comparezcáis delante de él!

Se habia erguido insensiblemente, y aunque siempre arrodillado miraba cara á cara al rey y al condestable. Sus ojos despedían un rayo que pocas personas podian sostener. Don Juan II se volvió un poco y dijo á don Alvaro de Luna con acento conmovido:

—A fé mia que tiene razon, bien ha defendido este vasallo su causa... esos Palazuelos eran valientes, y tomaremos en consideracion sus antiguos servicios.

Despues, volviéndose á García:

—Concedo tu peticion; no será deshonrado el escudo de tus amos, ni borrados sus nombres del libro de la nobleza de Castilla y de Leon; morirán con su espada y espuelas como caballeros... pero con el bien entendido que las gentes de Palazuelos al evacuar el castillo los entreguen á mi discrecion.

—Señor, replicó García, suplico á V. A. considere que los vasallos de Palazuelos no osarán poner su mano sobre sus señores, cuyo pan han comido. V. A. ejercerá su justicia como pueda contra los que le han ofendido. Ni debe extrañar V. A. que los señores de Palazuelos, despues de haber rendido las armas y renunciar á su rebelion, traten como puedan de sustraerse á vuestra venganza... la hormiga misma, por débil y humilde que es, trata de evitar la muerte.

Hallábase el rey mas conmovido de lo que quisiera con las sentidas palabras del halconero.

—Comprendo, dijo con una sonrisa, los buenos de tus amos cuentan con escaparse á favor del desórden que acompañará á la toma de posesion del castillo. Ya velaremos, y el condestable don Alvaro se encargará gustoso de este cuidado: ni disfraz ni salida secreta bastarán á engañarle.

Don Alvaro de Luna no respondió sino con una siniestra sonrisa. Entonces García se levantó y concertó con el rey los medios para que el castillo de Atienza cayese en manos de los castellanos á la hora prefijada. A pretesto de

que una parte de la guarnición no se hallaba prevenida de la rendición de la plaza, las tropas sitiadoras debían invadir rápidamente las fortificaciones en cuanto se les abriese la poterna. Debían estar dispuestas para en cuanto viesesen tremolar una bandera blanca en lo alto de una torre.

—Veo en medio de todas estas precauciones, dijo el rey, que no podía disimular su alegría, que no os entendeis muy bien allá arriba: estaremos con cuidado... Pensad únicamente en cumplir vuestras promesas, como cumpliremos las nuestras... Ahora, vasallo, debo hacerte la justicia de que has servido bien á tu señor y amo... ¿Quién eres?

—Nada, casi nada, señor, un débil instrumento de que Dios tal vez se sirve para verificar una obra de salvación... Voy á volver al castillo... El cielo conceda á V. A. luengos años de dicha y de prosperidad.

Y al mismo tiempo, inclinándose profundamente, salió con paso rápido.

Admirados quedaron el rey, don Alvaro y todos los circunstantes al ver aquel hombre en cuya voz, en cuyo gesto, y en cuya mirada se veía algo de inesplicable.

Don Juan II, estrechándose las manos con alegría decía:

—Al fin vamos á dejar este país donde tanto me fastidiaba. Si, ¡vive Dios! mañana marcharemos, porque esta noche la necesito para despedirme de cierta persona.... Entretanto vamos á hacer nuestra entrada en el castillo de Atienza á caballo y lanza en ristre... ¿Oís, señores?

Inclinóse todo el mundo, y don Alvaro de Luna, viendo el buen humor del rey, se acercó á él y le preguntó:

—V. A. no ha dicho aun á quién cuenta dar este hermoso feudo de Atienza.

—Nada hemos decidido todavía sobre ese punto, replicó distraído don Juan II.

—En ese caso, volvió á insistir don Alvaro de Luna, espero que me concederéis esta fortaleza en compensación de los males que recientemente he sufrido.

A pesar del respeto de la forma, el valido tenía tal tono de seguridad, que presumía no admitir la posibilidad de una negativa. Pero el indolente don Juan II, por un capricho, no estaba dispuesto á ceder esta vez.

—Don Alvaro, le dijo secamente, no habeis conquistado el castillo á viva fuerza, porque lo vamos á ocupar por tratados, y no teneis ningun derecho á él. Además os hemos hecho bastante rico en tierras y en castillos, y no sois vos seguramente el que habeis encontrado vacía la bolsa de nuestro tesorero para pagar vuestras gentes y guarniciones, ni os habeis visto forzado para venir á haceros aragoneses... Pero en fin, dejemos esto y mas tarde veremos... Además, continuó el rey mostrándose muy alegre, es preciso no dar lo que no se tiene todavía: estos señores de Palazuelos deben haber maquinado alguna astucia para evadirse; y el hombre que estaba ahora hace poco aquí es muy capaz de ayudarles, si vos no poneis orden en ello, mi querido Alvaro.

—En cuanto á eso yo los desafío, dijo el condestable abandonándose á una cólera cuya causa no era impenetrable. ¡Vive Dios! que ninguna criatura humana ha de salir de la fortaleza sin que yo le dé el seguro.

—Esó á vos os toca, condestable, dijo el rey: poco falta ya hasta la hora de nona: que todo esté dispuesto para el momento mismo en que se vea la señal en la torre.

Don Alvaro de Luna se retiró con los puños apretados y murmurando al ver, no tanto que se le escapaba aquel rico presente, y que otro vendría á aprovecharse de los despojos del conde de Palazuelos, cuanto porque en diversos accesos de altivez del rey, aunque pasajeros, se veía que iba nublándose su brillante luna, la que tres años mas tarde habia de venir á parar en un sangriento eclipse.

EL CONDE DE FABRAQUER.

(La continuacion en el número inmediato.)

TICIANO VECELLI.

Uno de los pintores mas célebres de la escuela de Venecia, y que han dejado escrita su inmortalidad en magníficos lienzos, es el Ticiano, nacido en el Frioul en 1477, y del que han dicho los escritores que habia sido pintor desde el vientre de su madre.

In seno nel ventre di sua madre erap illor.

Diez y ocho años tenia cuando se vió asombrar en Venecia la pintura de un oscuro jóven llamado Giorjion de Castelfranco. Ticiano, que le habia conocido en el taller de Juan Bellin, abrió los ojos ante el estilo de su condiscípulo; sacudió el polvo del arte gótico, que antes seguía, y adoptando la manera de pintar de su amigo, le dió mas tarde su propio nombre. Ensayó aquel nuevo estilo en varios retratos que hizo, y que hubieran pasado por del mismo Giorjion si no los hubiera firmado el Ticiano. Uno de estos retratos fué el de la célebre Catalina Cornaro, reina de Chipre, que despues de la muerte de su marido Lusignan habia venido á fijarse en Venecia.

Esta reina ha sido muy celebrada en las poesías de aquel tiempo; es una de las heroínas que nos presenta el teatro en una de sus mas magníficas óperas; pero nada le ha dado tanta celebridad como el retrato del Ticiano, de que se han hecho innumerables copias.

Comenzó á llamar la atención el Ticiano, y le encargaron que cubriese de frescos una de las paredes del depósito de los alemanes, *Fondacon de Tedeschi*. La fachada principal, que mira al gran canal, se le encomendó á Giorjion, y Ticiano fué encargado de la otra. Cuando los dos pintores descubrieron sus obras, los caballeros venecianos, que no sabían que el Ticiano habia trabajado en la decoración del depósito, felicitaron á Giorjion diciéndole que habia mostrado mas talento en la fachada del lado de la marina que en la que miraba al gran canal. Giorjion respondió modestamente que la fachada por la que se le felicitaba era la obra de un discípulo que bien pronto habia sobrepujado á su maestro. El artista se retiró á su casa, se encerró allí lleno de despecho, y desde entonces no quiso volver á oír hablar del Ticiano. Aquellos frescos del depósito que pintaba Ticiano en 1507, á la edad de treinta años, fueron la primera revelación de las tendencias de la nueva escuela veneciana, y dieron á conocer al mundo el verdadero carácter del que iba á ser su jefe.

Hay que observar que los grandes pintores son ordinariamente casi de repente lo que deben ser un día, y esto se ve comprobado en el mismo Ticiano y en el cuadro de la Asuncion de la iglesia de los frailes menores de Venecia, que á pesar de haber sido concluido cuando casi rayaba en los cien años el célebre artista, tiene todo el vigor y toda la entonacion de su primera juventud. La muerte de Giorjion, acaecida en 1511, acabó de dejar sin rival ni disputa el cetro de la pintura de la escuela veneciana en las manos del Ticiano.

Su fama sale de Venecia, se estiende por toda la Italia, y la ciudad de Vicenza le encarga la decoracion de su palacio de justicia, donde pinta al fresco el *juicio de Salomon*. De Vicenza pasa á Pádua, donde en la iglesia de San Antonio pinta tres frescos sobre los milagros del santo patrono de la ciudad. El tiempo ha respetado esas gloriosas obras que hacen el orgullo de los pueblos que las poseen, y la admiracion de los viajeros.

Vuelve el Ticiano á Venecia, donde le aguardaban trabajos importantes, donde debia decorar la mayor parte de las iglesias y de sus mas suntuosos palacios. Tenia entonces treinta y cuatro años.

Ticiano se hallaba solo; se casó con una ciudadana de Venecia llamada Lucia, que murió á los pocos años; pero le dejó tres hijos: Pomponio que se hizo sacerdote, y fué canónigo de Milan; Horacio, pintor como su padre, y uno de los mas hábiles; y por último una hija que casó con Cornelio Sarcinelli.

El senado de Venecia le llamó para que terminase el cuadro que habia comenzado Giorjion representando al emperador Federico Barbarroja besando los pies al papa Alejandro III. Ticiano no solamente lo continuó, sino que cambió la invencion y el dibujo, tomando ocasion de introducir en la comitiva del emperador y en la del papa los personajes mas célebres de su época, poetas, artistas, guerreros y grandes señores. Esta interesante coleccion de retratos reunidos en un mismo cuadro, llenos de vida y respirando casi, fué consumida por un incendio que abrasó la sala del gran consejo de Venecia en 1576. El senado de Venecia recompensó al Ticiano por su obra dándole el oficio de la *Senceria* en aquel mismo depósito de los alemanes que habia años antes adornado con sus inmortales frescos. Este destino lo conferia la república siempre al pintor mas eminente de la ciudad, y tenia la renta anual de trescientos escudos, con la obligacion de hacer el retrato del *Dux* á cada nueva eleccion por solo ocho escudos; retrato que despues se esponia públicamente en la sala del palacio de San Márcos.

La vida del Ticiano es una serie de triunfos. Las naciones, las ciudades, los príncipes, cuanto habia de mas notable entre los grandes hombres, se disputaban las obras de su pincel, y el empleo de su tiempo. El duque de Ferrara, Alfonso de Este, le llamó á su corte para que decorase su palacio, y allí pintó aquellas famosas bacanales que Agustin Carrachio decia ser el primer cuadro del mundo. Tambien pintó para el duque de Ferrara *el triunfo del amor*, esa grande maravilla del arte, que mas tarde estudiaba el Dominiquino, copiaba Rubens, y servia de modelo á Flaman y al Pousino. En Madrid es donde hay que admirar esta obra maestra, que de Ferrara fué enviada á Roma cuando aquella se reunió á los estados de la Iglesia

en 1617, y que el cardenal Ludovisi dió al rey de España con una de las dos bacanales, con gran pesar de los inteligentes y aficionados de Roma, y particularmente del Dominiquino, que no pudo menos de verter lágrimas al ver llevársele.

Brillaba entonces en la corte de Ferrara una muger célebre en la historia por su hermosura y por sus crímenes; Lucrecia Borgia. Ticiano hizo el retrato de esta célebre hermosura. Despues pintó al Ariosto, de quien se hizo grande y particular amigo.

Al volver á Venecia el Ticiano, tomó de nuevo el lugar que ninguno podia disputarle. Sin embargo, en rededor suyo se alzaban ya algunos envidiosos. Se reconocia que no tenia rival en la imitacion de la vida, porque la verdad que salia de su pincel era sorprendente; manejábalo con un vigor sin igual. Criticábanle, sin embargo, sus enemigos de que sabia modelar los cuerpos, pero no expresar las almas; y esta crítica no hizo mas que estimular al Ticiano.

Los frailes de San Francisco le encargaron un cuadro para su iglesia de San Nicoletto de Frari, y allí acumuló el pintor todos los tesoros de su genio, manifestando que no tenia necesidad de ir á Roma para estudiar lo antiguo, y haciendo una maravilla del arte.

Unido desde su juventud con Pedró Bembo, hizo el retrato de ese amable literato, á quien sus poesías galantes le valieron el capelo. Enseñó Bembo su retrato al gran papa Leon X, que era un hombre muy inteligente, y deseoso de atraer á su corte á un pintor tan célebre, encargó á su amigo Bembo que escribiese al Ticiano proponiéndole los mejores partidos. Tentadora era la ocasion; ver á Roma, á Roma, que florecia entonces con Miguel Angel y con el divino Rafael. Ticiano resistió sin embargo, siguiendo los consejos de su amigo Andrés Navajero, noble veneciano, poeta y orador célebre de su época. El Ticiano habitaba en Venecia una encantadora mansion: se hallaba lleno de honores, y rodeado de las personas mas principales, y de los mas sábios. El senado, para indemnizarle de las negativas que habia dado á dos papas para ir á Roma, le mandó que representase en la sala del Gran Consejo la *batalla de Cadora*, que pintó con atrevido y varonil pincel, y con un valor igual al que habian puesto los venecianos en combatir á los imperiales.

El duque de Ferrara, que con frecuencia venia á Venecia, jamás dejaba de visitar al Ticiano, y mas de una vez lo llevó consigo á Ferrara, á pretexto de decorar algunas de las habitaciones de su palacio, ó de hacer el retrato de la encantadora Laura Eustochio, que era la querida del duque, y que fué despues su muger á la muerte de la terrible Lucrecia Borgia. El rey Francisco I, cuando vino á Italia en 1515, quiso llevarse consigo á Francia al Ticiano; mas no pudo obtener de él mas que el que hiciese su retrato.

Nada faltaba á la felicidad de este grande artista: ni el trabajo, ni la fortuna, ni la gloria, ni las alegrías de la familia. Su muger le habia dado un segundo hijo llamado Horacio, el que fué pintor, y sus parientes de Frioul le llamaban todos los años á su pais natal, á aquella villa de Cadora, situada á las márgenes de un torrente, en medio de una salvaje y pintoresca comarca erizada de rocas y coronada de bosques. Allí iba todos los años á respirar la bri-